

EL EJÉRCITO EN EL CENTENARIO NACIONAL DE CHILE

POR
EDUARDO ARRIAGADA ALJARO
EDITOR PANORAMAS

En el mes de septiembre de 1910 se llevaron a cabo las celebraciones del Centenario Nacional, pues nuestro país cumplía cien años de vida republicana. Las celebraciones fueron muy grandiosas, pero celebradas en un contexto de un país muy afectado por la llamada “cuestión social”. Las celebraciones se concentraron principalmente en la capital, mientras que en las provincias también las hubo, pero no con la magnificencia de las que se desarrollaron en Santiago.

En esos años gobernaba a Chile la élite de la capital, la cual, se puede decir, organizó las fiestas por ella y para ella misma. Los sectores sociales populares, si bien tuvieron sus espacios propios de celebraciones, se puede decir que más bien cumplieron un papel de espectadores de las grandes ceremonias. También se puede afirmar que la clase media chilena —entonces en pleno período de formación y consolidación—, estuvo más bien ausente de las celebraciones.

La élite de Santiago recurrió a las instituciones armadas de la época —especialmente al Ejército— para la finalidad de dar el relace adecuado a los festejos. Ello implicó el traslado de muchas unidades desde las provincias a la capital, donde cumplieron diversas funciones. La presencia del Ejército se advierte tanto a nivel de los jefes militares, de las delegaciones enviadas a las diversas ceremonias, de las unidades militares de la época que contribuyeron a solemnizar las mismas y, por último, a la Institución entera a través de la gran Revista Militar del Centenario.

También el Ejército, en plena República Parlamentaria, estaba viviendo un proceso interno muy particular. Se trataba de la “prusianización”, proceso que había comenzado en el año 1885 con la llegada a Chile del capitán alemán Emilio Körner, tras el cual fueron llegando una serie de instructores germanos que contribuyeron al proceso de la profesionalización de la función militar en Chile. Este proceso había alcanzado su culminación con la gran Reforma del año 1906, que convirtió al Ejército de Chile en una especie de miniatura de su homólogo del Imperio Alemán. Sin embargo, cabe hacer notar que las diferencias políticas, económicas, sociales y culturales que existían entonces entre



Chile y el Imperio Alemán eran enormes, y ello no tardó en impactar de una u otra manera en la Institución.

Junto con lo anterior, el Ejército estaba experimentando cambios en su composición social. Desde la segunda mitad del siglo XIX la élite política, social y económica de Chile se fue alejando de las filas militares, pues los jóvenes de nuestro sector social alto estimaban que la carrera militar en Chile era muy sacrificada y muy poco bien remunerada. Por otra parte, las filas de la oficialidad de la Institución fueron nutriéndose cada vez más de los jóvenes provenientes de la creciente clase media nacional, al punto que para el año 1910 buena parte de ella era de origen mesocrático. La misma clase media y los sectores sociales populares con mejor situación fueron nutriendo las filas de la suboficialidad. Por último, cabe decir que desde 1900, con la promulgación de la Ley de Reclutas y Reemplazos, comenzó en nuestro país el Servicio Militar Obligatorio, con lo cual comenzó a ingresar a la Institución un grueso contingente de jóvenes provenientes de los sectores populares de nuestra sociedad, pues los jóvenes tanto de la clase media como de la élite evitaban realizar dicho servicio.

El contacto de los oficiales y suboficiales del Ejército chileno con los jóvenes que entonces realizaban su servicio militar, les permitió tener contacto en forma directa con el grave problema social que entonces había en Chile. Para 1910, las tasas de mortalidad infantil y también de desnutrición eran altísimas; lo mismo se puede decir de los agudos efectos de las enfermedades infecciosas en la población. La misma capital, cuyo centro tenía un carácter muy aristocrático, estaba rodeada de arrabales donde era común observar los conventillos, en los cuales las familias de los obreros y de los pobres vivían en condiciones de insalubridad y hacinamiento extremas. Por su parte, la clase media se concentraba en el actual barrio Yungay, y vivía en medio de estrecheces económicas.

El Ejército también se resentía de la situación de un país que se hallaba en crisis, pues los bajos sueldos afectaban al personal de la Institución y sus familias, y la falta de presupuesto impactaba también en el servicio diario. Esta situación no pudo resolverse y, finalmente, desembocaría años después en los movimientos militares de 1924 y de 1925.

Como se indicó, la élite de Santiago recurrió al Ejército y al Armada para solemnizar las celebraciones. Llegaron a nuestro país numerosas delegaciones extranjeras, siendo la más importante la encabezada por el Presidente de la República Argentina – José Figueroa Alcorta—, quien estuvo acompañado de una nutrida comitiva donde figuraban tanto civiles como militares. Otras delegaciones importantes fueron las del Imperio Alemán, la de Italia y la de Bolivia –país con el cual hacía unos años se había firmado el Tratado de Paz de 1904 y con el cual se mantenían muy buenas relaciones—. No hubo delegación alguna proveniente del Perú, pues con este país se estaba viviendo un período de difíciles relaciones diplomáticas, producto del litigio por las provincias de Tacna y Arica, que habían quedado en poder de Chile luego del término de la Guerra del Pacífico.



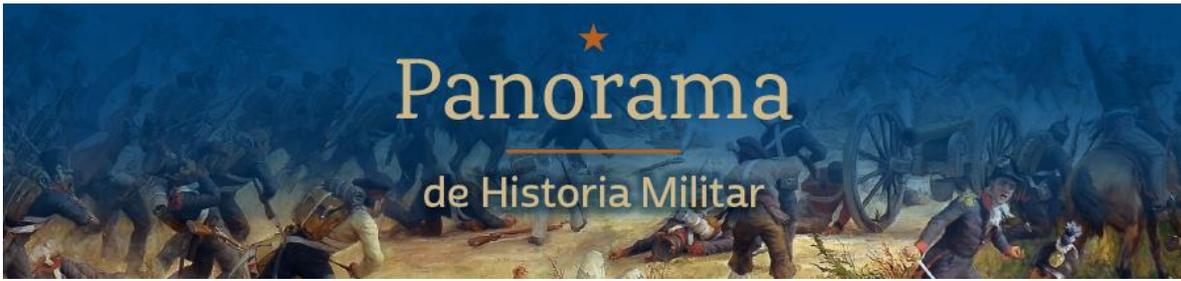
Hubo todo un programa de celebraciones oficiales en las cuales se desplegó el Ejército tanto a nivel de delegaciones, como de unidades. Hay que imaginarse una capital con un ambiente muy marcial, pues, por ejemplo, tanto a la llegada como a la despedida de la delegación presidencial argentina, los cuerpos del Ejército formaron a lo largo de la Alameda, en el trayecto que iba y venía entre la Estación Central de Ferrocarriles y el Palacio de la Moneda. Esto causó un fuerte impacto en los habitantes de la ciudad de Santiago, pero también en las delegaciones extranjeras, La presentación de nuestros hombres de armas fue imponente y muy correcta, producto precisamente de la labor que en la Institución estaban realizando los instructores alemanes. Los vistosos uniformes de influencia prusiana, y las formaciones y marchas de fuerte influencia alemana, llegaron a llamar la atención de los militares extranjeros que formaban parte de esas delegaciones.

Se puede decir que hubo una notable interacción entre la élite de Santiago y los jefes del Ejército chileno, pues la mayor parte de estos últimos provenían de ese estrato social. Sin embargo, del común de la oficialidad, y más aun de la suboficialidad, no se podría decir lo mismo: nuestros militares cumplieron a cabalidad las misiones asignadas para las celebraciones, pero no se confundieron con el estrato social alto de la capital.

También el Ejército tuvo sus propias celebraciones internas, en las cuales participaron también los delegados militares extranjeros y que tuvieron como centro el Club Militar. Desde Argentina arribó también a nuestro país una gran delegación de cadetes del Colegio Militar argentino, los cuales pudieron compartir muy estrechamente con los cadetes de la Escuela Militar chilena. Recepciones hubo varias y en ellas pudieron confraternizar militares chilenos y extranjeros.

Pero sin duda que la apoteosis de estas celebraciones centenarias fue la Revista Militar que tuvo lugar en el Parque Cousiño el día 19 de septiembre de 1910. Fue la gran ocasión de demostrar cuanto había progresado nuestro Ejército desde el fin de la Guerra del Pacífico en su proceso de profesionalización, de la mano de los instructores germanos. El Parque Cousiño se repletó de capitalinos, casi llegando a colapsar el amplio recinto. La presentación del Ejército fue impecable y principalmente por armas. Habrían desfilado entre 12.000 y 14.000 efectivos, cantidad altísima para la época, si se toma en cuenta que para la Parada Militar del año 2010 desfilaron cerca de siete mil hombres. El despliegue castrense de ese día fue sorprendente y llegó incluso a superar las celebraciones del día anterior—el 18 de septiembre de 1910--.

Con el pasar de los días fueron sucediéndose más eventos, pero ya las delegaciones extranjeras, especialmente la argentina, fueron despidiéndose del suelo chileno. El Ejército había cumplido en forma íntegra las misiones que se le habían encomendado y las unidades militares —excepto las que guarnicionaban Santiago— comenzaron a regresar a sus cuarteles en las provincias.



Si bien, como ya se dijo, las celebraciones las programó la élite de Santiago para ser ella misma la protagonista, no cabe duda de que ellas también tuvieron un fuerte sello militar. Tanto en Ejército como la Armada estuvieron en casi la totalidad de los eventos del programa oficial de celebraciones, pero también tuvieron sus eventos propios.

Si se comparan las celebraciones del Centenario Nacional con las del Bicentenario que fueron llevadas a cabo en septiembre del año 2010, se puede apreciar una paradoja. En 1910, las fiestas fueron grandiosas, pero si se examina la situación del Chile de esos años, la verdad es que no había mucho que celebrar. En cambio, para el año 2010, el país sí tenía muchos motivos de celebración, especialmente después de ya varios años de crecimiento económico, de avances sociales y de vida política democrática, como nunca antes hubo en nuestra historia —y pese al fuerte terremoto que tuvo lugar en febrero del mismo año, y que asoló a la zona central y centro sur del país—. Sin embargo, las celebraciones fueron bastante más sobrias y los días de celebración fueron también bastante menos de los que hubo en septiembre de 1910.

Una paradoja de nuestro devenir histórico que invita a observar y reflexionar.